

La universidad francesa cuatro años después de la “revolución de mayo”

El profesor Charles Debbasch, decano de la facultad de Derecho y Ciencias Políticas de Aix-Marseille y presidente de la Asociación Francesa de Decanos de Derecho, hizo un análisis del estado que guarda la universidad francesa cuatro años después de la “revolución de mayo”, en un artículo publicado en el diario Le Monde, el 3 de agosto de 1972. El análisis parte de dos preguntas: ¿funcionan convenientemente las instituciones de educación superior? ¿está la universidad en posición de ejercer Su misión en la sociedad moderna?

Las principales innovaciones introducidas en las universidades a raíz de la “revolución de mayo” son la supresión de la vieja división por facultades, el aumento de autonomía de gestión al cuerpo universitario y el principio de participación. Respecto a estos tres puntos, el profesor Debbasch expresa que, en cuanto a la supresión de las facultades, ya había sido considerada desde antes de 68, como la condición necesaria para la mutación universitaria. Tal mutación se ha resuelto en tres situaciones:

- 1º La universidad ha reagrupado disciplinas relativamente emparentadas, para crear unidades de enseñanza o de investigación coherentes; las unidades de enseñanza e investigación son departamentos descentralizados.
- 2º La universidad se ha constituido en un conjunto heterogéneo compuesto de disciplinas entre las cuales es difícil percibir afinidades.
- 3º La universidad ha resuelto adoptar la estructura de antes de 68, es decir la que reagrupa cuatro grandes tipos de facultades: Derecho, Medicina, Letras y Ciencias.

En las dos últimas situaciones, considera el profesor Debbasch, la universidad sigue siendo todavía un centro ficticio de decisiones, ya que el poder queda en el nivel de las antiguas facultades. Por tanto, no resulta exacto decir que la reforma universitaria ha suprimido las facultades, puesto que no se ha podido lograr una coherencia en las innovaciones de las instituciones.

La autonomía de gestión de que gozan las universidades francesas, considera el profesor Debbasch, ha encontrado obstáculos, a pesar de que las juntas constitutivas de las universidades han elaborado los estatutos y de que el Ministerio de Educación otorga un presupuesto global a las instituciones, permitiéndoles fijar un ordenamiento de prioridades.

Algunos de los obstáculos para la autonomía están contenidos en la Ley de Orientación, en el hecho de que dicha norma no ha llevado el concepto de autonomía hasta su última consecuencia, que es la concurrencia, o bien porque la concurrencia se considera como la contrapartida normal de la autonomía: su sanción. Por otra parte, los administradores no ven con buenos ojos el desarrollo de la autonomía en este momento en que las universidades guardan las ventajas del sistema centralizado anterior.

En el tercer punto analizado por el profesor Debbasch, relativo al principio de participación, de nuevo se advierte que no es una innovación, ya que en la universidad anterior al 68, el cuerpo docente ya participaba ampliamente en la gestión. La reforma de la Ley de Orientación introdujo a este respecto dos innovaciones, en el sentido de que los miembros del personal docente y administrativo de las universidades colaboren en la gestión, y no solamente los profesores titulares. Por otra parte, se estableció que los estudiantes obtuviesen paridad con los profesores en los consejos de gestión; sin embargo, la participación estudiantil ha demostrado en las elecciones una carencia de verdadero sindicalismo universitario estructurado, así como también se ha comprobado que el grado de participación estudiantil depende de la satisfacción que les brinde la institución, de manera que si la universidad les garantiza una inserción profesional adecuada, los estudiantes participan en gran número; lo contrario sucede cuando la institución no ofrece perspectivas y está mal administrada. Las dificultades institucionales ligadas al nacimiento de nuevas universidades o a la participación han sido materia de preocupación por parte del Ministerio de Educación francés desde la “revolución de mayo” a la fecha. Pero, según expresa el profesor Debbasch, el verdadero problema es otro, y puede enmarcarse en las siguientes preguntas: ¿la nueva universidad que se ha esbozado está más capacitada que la de ayer para

hacer frente a sus responsabilidades en la sociedad actual? ¿Ha logrado la nueva universidad proveerse de un espíritu nuevo? ¿Ha iniciado nuevos tipos de formación? ¿Tiene los medios necesarios para ejercer su política? Tal es la problemática fundamental de la cual depende el futuro de la universidad francesa.

Considera el profesor Debbasch que la crisis de mayo de 68 fue ante todo, una crisis de conciencia. Antes de los sucesos de 68 la universidad era una institución de la sociedad preindustrial, en la cual era suficiente tener una cultura general para disponer de una salida profesional. En 1968, se considera que esa cultura no permite insertar en la sociedad todos los diplomas que la universidad otorga. Es entonces que viene el desquiciamiento ante la alternativa crucial de adaptar la universidad a la sociedad o adaptar la sociedad a la universidad. Muchos, señala Debbasch, han estado tentados a escoger la segunda solución puesto que es la más fácil y la que permite a los universitarios hacerse de una buena conciencia. Sin embargo, la universidad no puede vivir independientemente del cuerpo social en el que se encuentra inserta; debe adaptar sus cuadros de formación a las necesidades de la sociedad, y ofrecerle oportunidad de resolver sus contradicciones. Por otra parte, considera el profesor Debbasch que la universidad carece de algún título para buscar imponer por la violencia un cambio revolucionario a una sociedad fundada sobre el sufragio universal. Esta nueva conciencia no ha triunfado en todas partes, ya que los profesores que enseñan disciplinas que la evolución técnica ha vuelto caducas, persisten en la evasión revolucionaria. Esto se debe a que el espíritu universitario requiere de imaginación para crear nuevos tipos de formación. Es así que en 1972 resulta sorprendente constatar que son raros los nuevos cuadros de formación en las universidades. Los estudiantes continúan enraizados en las disciplinas literarias o en las ciencias naturales, que sólo ofrecen como salida la enseñanza. La sobrevivencia de esta situación, apunta el profesor Debbasch, se explica, fundamentalmente, por las resistencias opuestas por las personas que rechazan las innovaciones. Esta resistencia se comprende cuando se considera que Francia es uno de los raros Estados que no han reflejado jamás en sus estructuras la revolución moderna. Los Nuevos cuadros de formación que deben ofrecer las universidades han sido estudiados por catorce grupos de trabajo organizados por el Ministerio de Educación en 1970 y 1971. Sin embargo, el profesor Debbasch vuelve a insistir en una pregunta fundamental: ¿Tendrán las universidades medios para hacer frente a su misión? Al respecto apunta el autor que los argumentos presupuestarios jamás han sido presentados con entera buena fe de parte de los administradores. El hecho es que hay confusión en las cuestiones presupuestarias de las universidades. A decir de algunos, la universidad tiene mucho dinero, y a decir de otros, está en vísperas de una quiebra. Examinando la situación se perciben los siguientes hechos: la universidad recibe masas de estudiantes, y no tiene los medios para ofrecer una enseñanza de calidad. Tal situación no se modificará hasta que se haya aceptado quitar la carga a la universidad de absorber alumnos del segundo ciclo. Al primer ciclo, abierto a todos los bachilleres, debería seguir un segundo ciclo más o menos cerrado, de acuerdo a los recursos disponibles de cada universidad. De esta manera cada universidad tendría la responsabilidad de adaptar la cifra de sus estudiantes a sus propios medios. Por otra parte, la confusión existente entre la investigación y la enseñanza contribuye a hacer más pesada las cargas de las universidades. Un ejemplo al respecto es el hecho de que si Francia necesita mantener una investigación arqueológica de alta calidad, tal necesidad no debe traducirse, necesariamente, en un aumento desmesurado, como de hecho lo hay, de alumnos que se inscriben para hacer estudios de arqueología. Las dificultades presupuestarias de las universidades, continúa diciendo el profesor Debbasch, se explican porque cada universidad quiere poseer una gama completa de disciplinas.

Por todos los puntos analizados, el profesor Debbasch concluye afirmando que la nueva universidad francesa no ha sentado todavía sus bases de manera definitiva. “Los universitarios, dice Debbasch, entraron en mayo de 68 al purgatorio. Incumbe ahora al poder político decidir si conviene dirigirlos hacia el cielo o hacia el infierno.”